

NOTAS DE PROGRAMA  
de obras de Eduardo Alonso-Crespo

**op. 23: Segunda Sinfonía**

Mientras que la Primera Sinfonía pretendía maniatar la pasión a través del rigor de la forma artística - el cincelado de dragones del que hablaban las notas de programa - , y hacía del elemento expresivo el centro de atención de la obra, la Segunda Sinfonía quiere hacer del movimiento su punto de partida. El resultado es una reflexión sinfónica sobre la danza, la Danza de la Creación, el movimiento como ser y devenir - simultáneos - del cosmos.

La obra comienza presentando en su Adagio inicial el material melódico que encadenará los tres movimientos. Se trata de un material melódico mínimo, una segunda que asciende y desciende, probablemente el material melódico más sencillo posible, cosa razonable para una obra que - en principio - quiere concentrarse en el movimiento antes que en los grandes intervalos líricos. Le sigue sin interrupción un Allegro basado en ese material mínimo, pero esta vez declamando con claridad el impulso cinético que caracterizará al resto de la sinfonía. El segundo movimiento, una passacaglia, continúa esta tendencia motórica a pesar de tratarse de un movimiento lento. Se trata de un amplio fresco que sugiere aquella rueda gigantesca girando lentamente mientras define el cosmos. Un círculo de fuego en lento y eterno movimiento acumulando estratos de la más variada información. Por último, en una sinfonía donde el concepto omnipresente es el del movimiento, el Scherzo - el número cinético por excelencia de una sinfonía - resultaría redundante. De allí que el tercer movimiento funda en una sola entidad el tradicional Scherzo con el Finale, llevando la sinfonía a su conclusión.

Los antiguos hindúes tuvieron una manera muy poética y plástica para describir la relación entre Dios y su Creación. En Occidente es muy conocida la imagen del Nataraja en las esculturas creadas por la dinastía Chola en el siglo décimo y que se vienen imitando desde entonces en bronce, piedra o madera. En esa representación, Nataraja (literalmente, el Señor de la Danza) es la imagen del dios Shiva como el Bailarín Supremo, el Dios que Danza, y que al hacerlo, danza la Creación.

Anthony de Mello, sacerdote jesuita nacido en la India en 1931, lo expresa con sabia claridad en su recopilación El canto del pájaro:

"Dios danza su Creación. Él es su bailarín; su Creación es la danza. La danza es diferente del bailarín; y, sin embargo, no tiene existencia posible con independencia de Él. No es algo que se pueda encerrar en una caja y llevarse a casa. En el momento en que el bailarín se detiene, la danza deja de existir." Y continúa sugiriendo ... "guarda silencio y mira la danza. Sencillamente, mira: una estrella, una hoja marchita, un pájaro, una piedra. Cualquier fragmento de la danza sirve. Mira. Escucha. Huele. Toca. Saborea. Y seguramente no tardarás en verle a él, al Bailarín en persona".

Si bien estas ideas poéticas funcionan como germen a muchas actitudes musicales de la obra, es importante hacer notar que no existe ninguna cita ni mención de música hindú

en la sinfonía. Muy por el contrario; la obra se desenvuelve con un claro y fuerte acento latinoamericano, ideas muy pregnantes y colores intensos. Un reflejo musical - y sinfónico - del paisaje sonoro que nos rodea.

(Del programa de mano de la noche de estreno)